

Bertrand Russell: Por qué no soy cristiano y otros ensayos sobre asuntos relacionados con la religión

por Marcos Winocur

Bertrand Russell. *Por qué no soy cristiano y otros ensayos sobre asuntos relacionados con la religión*. México: Hermes. 1985. 14ª edición. Compilador, prólogo y apéndice por Paul Edwards.

Victoria reinó en Inglaterra de 1837 a 1901. Ese largo periodo se distinguió por su carácter conservador en varios aspectos, particularmente la rigidez impuesta sobre las ya poco flexibles costumbres inglesas, lo cual le valió el nombre de *era victoriana*. La psiquiatra Karen Horney nos ilustra al respecto:

En épocas en que existían estrictos y precisos tabúes sexuales, como en la era victoriana, el ceder a los impulsos eróticos a menudo significaba un verdadero peligro. Una muchacha soltera, por ejemplo, veíase expuesta al muy real riesgo del remordimiento o del ostracismo social (...)¹

La crónica de la era victoriana registra asimismo casos de condena que, más allá de la sanción del medio social, conducen a prisión por infringir normas de conducta sexual. El más sonado fue el caso del escritor Oscar Wilde condenado judicialmente bajo cargo de práctica homosexual.

Esta es la Inglaterra donde nace y se educa Bertrand Russell (1872-1970) y donde una y otra vez levantará su voz de protesta. No estará solo, en 1883 se funda en Inglaterra la Sociedad Fabiana, la cual agrupa a intelectuales predicadores de un socialismo moderado y habrá de influir en la formación del Partido Laborista. También por ese último cuarto de siglo surge un movimiento

¹ Horney, K. *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*. México. Origen/Planeta. 1986. P. 42.

feminista pionero en el mundo, organizando fogosas manifestaciones; paralelamente aparecen los primeros marxistas.

El hecho es que personalidades como el dramaturgo George Bernard Shaw; el padre de la ciencia ficción H. G. Wells; el biólogo Julián Huxley y su hermano el novelista Aldous Huxley; los científicos Haldane y John Bernal, este último también historiador de la ciencia; el arqueólogo y antropólogo Gordon Childe; y el propio Russell, entre otros, son hijos de esa tradición contestataria dada en diferentes vertientes y que desde el siglo XIX tuvo por alto exponente al padre de la selección natural en la teoría de la evolución, el inglés Carlos Darwin; sin contar aquéllos dos exiliados políticos que fueron a recalzar en la Inglaterra de entonces, la del capitalismo más avanzado, Karl Marx y su amigo y colaborador Engels.

Por cierto que Russell no ubica su rebeldía en el marxismo —que consideró una nueva religión— sino en una corriente de liberalismo radical, en ocasiones lindante al anarquismo. Fueron así los dos blancos preferidos de su polémica: la religión y los prejuicios de una cerrada moral sexual, los cuales asociaba. Precisamente este libro, *Por qué no soy cristiano*, da cuenta de ambas ideas en Russell. Referente a la primera con una serie de artículos recopilados y que introduce el propio autor, y de la segunda, en un apéndice donde el profesor Paul Edwards relata cómo en 1940 Russell fue declarado por un tribunal norteamericano como “no apto” para dictar clases de filosofía en el City College de Nueva York, donde había sido invitado. Naturalmente, esa calificación de “no apto” se refería a las ideas de Russell en torno a la moral sexual, ideas que desde entonces se han ido abriendo paso aun en las sociedades más tradicionales.

Por lo demás, un lógico matemático como Russell, enrolado en tales causas, no podía menos que oponer racionalismo a religión. Para él ésta es un error, un conjunto de creencias sin fundamento, es un $2 + 2 = 5$. Russell no se decide a considerar a las religiones desde el punto de vista histórico, o lo hace muy de paso. Sin embargo, no han surgido en la vida del ser humano por su placer de rodearse con dioses o demonios, sino por otros motivos.

En efecto, a cierto nivel del desarrollo histórico, la humanidad conoce a la naturaleza de modo mágico: no hay causas y efectos, hay poderes determinantes de las cosas, sean los más primitivos totens, los tabúes o los actos propiciatorios; se trate de los más

elaborados dioses del paganismo o la totalidad abstracta del monoteísmo. Todos ellos son ya modos de explicarse la naturaleza previos a las ciencias concebidas con sentido moderno, esto es, anteriores a Galileo, Kepler, Copérnico, Ticho Brahe.

Russell —como un Voltaire del siglo— replicaría que hoy, precisamente, ya no estamos para misticismos, cualesquiera que sean las formas adoptadas por éstos. Es aquí donde se plantea otro problema también de índole histórica: las creencias —religiosas o no—, la apropiación colectiva de las ideas, ideologías, costumbres, modos de vida —donde puedo incluir hasta los hábitos alimenticios— no se extinguen en cuanto desaparecen las condiciones que les dieron nacimiento y vigencia, sino por lo general mucho más tarde; en ocasiones perviven por siglos en la mente y en el quehacer de los hombres. Los productos de la inteligencia, señalaba Fernand Braudel —cabeza de la escuela histórica francesa de los *Annales*— se convierten en cárceles de larga duración. En todo caso la velocidad de transformación de la realidad y la velocidad de transformación de lo mental tienen marcas diferentes, cada cual ajustándose a un ritmo propio y sujetas a otras especificidades.

Russell no dio suficiente importancia a estos factores históricos al formular su crítica a las religiones, llevándola, más allá del artículo de combate —como los aquí recapitulados—, hasta su investigación filosófica. Tales son algunas de las páginas que escribiera a propósito de Leibniz.²

Russell, individualista de las causas sociales, se declaró agnóstico. Tal actitud la explica como sigue:

No pretendo probar que Dios no existe. Igualmente no puedo probar que Satán es una ficción. El Dios cristiano puede existir; igualmente pueden existir los dioses del Olimpo, del antiguo Egipto o de Babilonia; pero ninguna de estas hipótesis es más probable que la otra: se encuentran fuera de la región del conocimiento probable y, por tanto, no hay razón para considerar a ninguna de ellas.³

Así, para Russell, conocimiento es conocimiento probable. ¿Es la impronta de Hume? En todo caso, es en este temor cómo desarrolla sus ideas el autor en materia religiosa, a lo largo del libro que se comenta. Russell trata en los artículos recopilados de muy diferentes temas con Dios, alma e inmortalidad, moral y salvación,

² Russell, B. *Exposición crítica de la filosofía de Leibniz*. Buenos Aires. Siglo Veinte, 1977. Cap. XV, *Las pruebas de la existencia de Dios*.

³ Russell, B. *Por qué no soy cristiano*... P. 57.

pecado y libre albedrío, creencias primitivas y rol de la ciencia. Se trata de artículos escritos entre 1899 y 1954, la mayoría de ellos por los años veintes y treintas.

Medio siglo después, el posmoderno y posmodernista Foucault prolonga el debate preguntándose por el acto sexual en relación al cristianismo, el cual "lo habría asociado con el mal, el pecado, la caída, la muerte, mientras que la antigüedad lo habría dotado de significaciones positivas".⁴ Me atrevo a pensar que el debate continuará hasta que finalmente un día demande por su lugar en el museo de las ideas, allí donde hoy descansa la cuadratura del círculo junto a la no esfericidad de la Tierra. ¿Cuándo ocurrirá? Me remito a unos párrafos atrás, al referirme a las distintas velocidades de disolución: más rápidas en las estructuras de la realidad que en las estructuras mentales dominantes en el conjunto de los hombres.

Bertrand Russell, gran individualista del siglo, hombre de asumir causas científicas y causas sociales, fue un apasionado actor de su tiempo, que es todavía el nuestro. Hizo la crítica de las religiones, abogó por una moral sin prejuicios y por una educación más libre y creativa. También Russell se definió contra las dictaduras y los hechos internacionales de fuerza armada, en particular se recuerda su postura ante la guerra de Viet Nam, cuando él y otras personalidades como Jean-Paul Sartre constituyeron un tribunal de condena moral a la guerra y a la intervención extranjera.

Y todavía una palabra más. Veo ahora el rostro de Russell en una fotografía tomada hace más de un cuarto de siglo: ha dejado el aula universitaria, escenario de sus batallas contra las paradojas lógicas, y está sentado en las calles de Londres rodeado siempre de jóvenes; así eleva su protesta contra las bases atómicas instaladas en Inglaterra. Desde el fondo de su mirada, desde su faz cruzada por cientos de arrugas, de la línea de su boca de lado a lado, parece decirnos: No me tomen tan en serio.

Pero yo sé que nuestro gran escéptico miente. Y lo sé porque él, príncipe de la paradoja lógica, *siempre miente*. Por eso, siendo así, ahora, desde esa fotografía que tengo bajo los ojos, él dice la verdad; es decir, miente.

⁴ Foucault, M. *Historia de la sexualidad*. México. Siglo XXI. 1987. T. 2, p. 15.